

LA ILUSTRACION

de los



DIRECTOR PROPIETARIO
DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

LISTA DE LOS COLABORADORES

- | | | |
|---|----------------------------------|--------------------------------|
| Doña Ángela Grassi. | D. Alfonso E. Ollero. | D. Manuel Laso Hurtado. |
| Doña Faustina Saez de Melgar. | D. Miguel Martínez Ginesta. | D. José María Bolívar. |
| Doña Joaquina Balmaseda. | D. Mariano José Vallejo. | D. Víctor Navarro. |
| Doña María del Pilar Sinués. | D. Abdon de Paz. | D. Emilio Prieto y Villareal. |
| Doña María Martí de Domínguez. | D. Eusebio Blasco. | D. Francisco Guerrero García. |
| Excmo. Sr. D. Juan E. Hartzenbusch. | D. Emilio Ruiz de Salazar. | D. Eriald P. de Azpillaga. |
| Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor. | D. Vital Aza. | D. Enrique Benavent. |
| Excmo. Sr. D. Fernando Corradi. | D. Antonio San Martín. | D. Pedro Escamilla. |
| Excmo. Sr. D. Eduardo Chao. | D. Ricardo Sepúlveda. | D. Antonino Elías Romero. |
| Excmo. Sr. D. José Gil Dorregaray. | D. Eleuterio Llofríu y Sagrera. | D. Ángel R. Chaves. |
| Excmo. Sr. D. Agustín Pascual. | D. Manuel Jorrito Paniagua. | D. Mariano Sánchez Bruil. |
| Excmo. Sr. D. Manuel M. ^a de Galdo. | D. Aureliano Colmenares. | D. Mariano de Larra y Ossorio. |
| Excmo. Sr. D. Barón de Córtes. | D. Joaquín Olmedilla y Puig. | D. Emilio de Santos y Olive. |
| Excmo. Sr. D. Valentín M. ^a Mediero. | D. Eugenio de Bartolomé y Mingo. | D. Faustino Jouve. |
| Ilmo. Sr. D. Mariano de la Paz Graells. | D. Vicente Regulez y Bravo. | D. Manuel López Calvo. |
| Ilmo. Sr. D. Francisco Javier de Salas. | D. Emilio Ferrari. | D. Timoteo Domingo Palacio. |
| Ilmo. Sr. D. Carlos Frontaura. | D. José María Medina. | D. Antonio Blanc. |
| Ilmo. Sr. D. Juan Navarro Reverter. | D. Diego Pérez Hernández. | D. Ramiro Martínez Aparicio. |
| Ilmo. Sr. D. Sergio Martínez del Bosch. | D. Fernando Martínez Pedrosa. | D. Pedro Lumbreras, pbro. |
| Rdo. P. J. A. García de la Iglesia. | D. Pedro Ruiz Avila. | D. Joaquín Casañ. |
| D. José María Sbarbi, pbro. | D. Vicente D. Bordanova. | D. Cayetano Collado. |
| D. Manuel González Álvarez, pbro. | D. Francisco Muñoz y Rodríguez. | D. Manuel Ferrer. |
| D. Ventura Ruiz Aguilera. | D. Ignacio Bolívar y Urrutia. | D. Joaquín Luis Olbés. |
| D. Teodoro Guerrero. | D. Domingo Fernández Arrea. | D. Antonio Guerra y Alarcón. |
| D. Francisco Arechavala. | D. Alberto Díaz de la Quintana. | D. José Bustillo. |

ARTISTAS

- | | | | | |
|---------------------|-------------------------|--------------------------|-------------------------|-----------------------|
| D. Mariano Urrutia. | D. Lázaro Nuñez Robres. | D. José Muriel y Alcalá. | D. Manuel Salvi. | D. F. Lucio y Arnaiz. |
| D. Tomás Breton. | D. Antonio Caula. | D. Eduardo Novi. | D. Francisco del Valle. | D. Vicente Mañas. |

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes, 6 id. trimestre.
Provincias: 7'50. id.
Extranjero y Ultramar: 6 meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto, una peseta cincuenta céntimos.

SUMARIO

I. La vigésimasétima quincena. —II. A la Santísima Virgen María. —III. A los niños. —IV. Villancicos para la Noche-Buena. —V. El más peligroso adúlador. —VI. Recuerdos de la niñez. —VII. El consejo. —VIII. La escuela. —IX. Los pensamientos y la enredadera. —X. Una Concepcion de Murillo. —XI. También los niños enseñan. —XII. Suelos y soluciones al cuadro mágico. —XIII. Índice del tomo segundo de esta revista.

OFICINAS

Fuencarral, 3, pral.

MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defuncion de niños, a precios convencionales.

LA VIGESIMASÉTIMA QUINCENA

Madrid 15 de Diciembre de 1879.

El día 8 hizo veinticinco años.

Un Pontífice grande añadió á su tiara el más hermoso brillante, cuyos rayos han de alumbrar hasta el último día de la humanidad.

La Madre del Crucificado, la Reina de los Angeles, el orgullo del género de Adam, fué declarada *Pura* por Pío IX el 8 de Diciembre de 1854.

El siglo XIX, que rinde culto á todo lo grande, no podía olvidar la mayor de las grandezas.

Por eso volvió los ojos á María, la escogida entre todos los mortales, y reconoció, de la manera más solemne, la Inmaculada Concepcion de la Madre del Galileo.

Y Dios, que juzga los siglos del mismo modo que rige las generaciones, no olvida nunca esta sublime deferencia que los vivientes de hoy hemos guardado con su criatura predilecta.

Así lo creemos.

El ruido de los tambores y otros instrumentos más ó menos *músicos*, ensordeciendo los más recalcitrantes oídos, vino á anunciarnos que se acerca Noche-buena.

La alegría renace en todos los que esperan descanso á sus tareas.

Las familias se aprestan á solemnizar, de la mejor manera posible, la venida del Redentor.

Y LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS se prepara á terminar el segundo año de su existencia.

Es costumbre, entre personas bien ordenadas y metódicas, hacer un balance general en sus casas, para saber lo gastado durante el año, y lo que resta para el porvenir.

Nosotros tambien, al finalizar nuestro tomo segundo, hacemos cuenta general con nuestra conciencia.

De ella resulta, que hemos ido venciendo poco á poco todos los obstáculos, que se oponian á nuestro derrotero.

Que hemos ganado por completo la benevolencia del público.

Tal es nuestro *haber*.

El *debe* es consecuencia legítima, y hasta pudiéramos decir matemática, del anterior.

Debemos una gran consideracion á quien tanto nos distingue.

Y como siempre fuimos parcos en hablar y espléndidos en obrar, solo diremos por hoy que el

refrán *año nuevo, vida nueva*, una vez más ha de ser verdad por nuestra parte.

Por esto, desde primeros del año próximo de 1880, nuestro camino ha de ser más ancho aún, si cabe, que el actual.

Aumentaremos el tamaño de nuestra Revista, y... basta de esto, y á los hechos nos remitimos.

Una pregunta:

¿Vosotros creéis en los *estrechos*?

Una sonrisa maliciosa asoma á los labios de los que esto leen.

Esa diversion inocente, pueril, no puede producir nada serio.

Esto es lo cierto, lo natural, lo lógico.

Sin embargo, hay ocasiones en que así no sucede.

Oídme:

Era el 31 de Diciembre de 1787.

En una casa de París, situada entre otras de los barrios más bajos, se reunian algunos jóvenes de buen humor, á *pasar el rato*.

Como el día, ó por mejor decir, la noche, convidaba á ello, decidieron divertirse con los *estrechos*.

Los nombres de todos fueron puestos en papeliños separadamente, y todos en un sombrero.

En vez de nombres de damas, escribiéronse personajes alegóricos, virtudes, vicios, pasiones, etc.

Se habia decidido que cada uno tomase tres *papeletas femeninas*, por decirlo así.

Después que cada cual se hubo estrechado con la *Gula*, con la *Embriaguez*, con la *Envidia* ó con cualquier otro defecto, llegó el turno á un joven melancólico que, aunque asistia á la reunion, estaba en otra parte con su espíritu.

Desdobló pausadamente el primer papel, y leyó: *Ambicion*.

Hizo lo mismo con el segundo, y apareció *Gloria*.

La misma operacion verificó con el tercero, y obtuvo *Grandeza*.

Esto quitó el sueño á aquel joven por espacio de muchas noches.

Porque él creía en los *estrechos*, y se llamaba Napoleon Bonaparte.

Acordaos de este rasgo de la vida de aquel grande hombre, cuando el 31 de Diciembre esteis con los consabidos estrechos.

Tal vez la ciencia, el estudio, os den un aviso de ese modo para el día de mañana.

Porque las cosas más sencillas, y hasta ridículas, han trastornado siempre la marcha de todo un pueblo.

Siempre vuestro,

JOSÉ NOVI Y PEREDA

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA

ODA

¿Oís, oís? El eco pavoroso
Del ferrado cañon, hiende el espacio;
Y en ondas mil, galanas,
El pabellon hermoso
Tremola sobre el templo y el palacio,
Al mágico vibrar de las campanas.
¿Por qué tanta alegría?
¿Por qué tanto placer, y tal desvelo
Siente la pátria mia?
¿Por qué lanza torrentes la armonía
Hácia las cumbres del excelso cielo?
¡Ay! Esos cantos de sin par ventura
Dicen: ¡Inmaculada!
Y el trueno de la guerra
Repite por los aires: ¡Siempre pura,
Siempre joya preciada
Para la hispana tierra,
La que, siempre viviendo en su memoria,
Tejiera la corona de su gloria!
Desdoblad el pendon de San Fernando,
Y del bravo Guzman, y el de Cisneros,
Y entre sus pliegues hallareis flotando
El tipo venerando
Que dió temple ideal á sus aceros,
La imágen de la Hermosa
Que enardecíó su corazon de oro,
Y, siempre generosa,
Rompió los hierros de la pátria ansiosa,
Presa fatal del inclemente moro.
Abrid el libro de la ciencia hispana,
Y en su primera página sublime
Vereis la Soberana,
Que, fulgurante sol de su mañana,
Eternas luces á su sér imprime.
Por eso la doctísima Compluto,
Emula de Aragon y de Valencia,
Para afirmar de su saber el fruto,
La aclama por tributo,
Escudo inquebrantable de la ciencia.
En ella ver pudieron
Las artes bellas su constante brillo,
Y ante su paz nacieron
Flores, que admiracion al orbe fueron;
Lienzos nunca soñados, de Murillo.
En ella se inspiraron
Los ínclitos Herreras,
Cuando, grandes, cantaron
Los timbres que á la pátria conquistaron
Del Héroe de Lepanto, las galeras.
¿En qué pecho católico no late
La sombra de María Inmaculada.

Cual piélago de ciencia?
¿Qué bizarro español marcha al combate,
Sin jurar sobre el pomo de su espada
Sucumbir, defendiendo su creencia?
¡Oh, noble pátria mia!
¿Pudieras grande ser sin tu María?
¡No, no! Cuando arrollabas
Al musulman en infinito duelo,
Y en Huesca y en las Navas,
De tu poder esclavas,
Le arrastraban sus haces por el suelo;
Cuando el fértil Oriente
Vióte llegar y, de Roger en brazos,
Asombro de su gente,
Levantabas la frente
Sobre muros sin fin, hechos pedazos;
Cuando Colon, perdido
Entre las brumas de revueltos mares,
Vencía enardecido
Peligros á millares,
Y de sus ánsias al calor fecundo
Consiguiera abordar á un nuevo mundo,
¿Qué génio te influía?
¿Qué númen te arrojaba á la victoria?
¡Ah, la sin par María!
¡La Reina de la Gloria,
Que vive Inmaculada en tu memoria!
¡La que, en mengua del moro,
Suscitara bizarros Capitanes,
Y, de piedad tesoro,
Mostrara su primor en sueños de oro,
A Murillo, Jordan y Juan de Juanes!
¿Quién habrá que su inmenso poderío
Impávido resista,
Si roba por doquier el albedrío?
Ella dice á Colon: —¡Hiende el vacío!
Ella dice á Cortés: —¡Vuela y conquista!
Y un mundo misterioso
Ante el brazo español abre sus puertas,
Y sobre el suelo hermoso
De sus playas abiertas,
Gozo y admiracion de los mortales,
Huella surcos de perlas y corales.
Y nuevas aves y soñadas flores,
Y ricas auras y gallardas fuentes,
En óbolo de amores,
Ofrecen al Señor de los señores,
Por vez primera, mágicos presentes,
Y hácia la Cruz bendita,
Y hácia la Virgen que á su pié llorara,
La inculta grey que la region habita,
En torrentes de amor, se precipita,
Y sierva de la Pura se declara.
¿Y cómo no adorarte, Virgen bella,
Si eres la dulce estrella

En que el Cielo vertió rayos divinos
 Para alumbrar la huella
 De tantos infelices peregrinos?
 ¿Cómo no amar á la risueña fuente,
 De cuyo limpio seno
 Brota de amor hermoso la corriente,
 Antídoto al veneno
 Que Satanás inocularnos quiso,
 Al hacernos perder un Paraíso?
 Allá, en sus altos planes,
 Plugo al Cielo crear la fresca rosa
 Objeto de purísimos afanes,
 Para que, siempre hermosa,
 Guardara en su corola peregrina
 Sabrosos jugos de la miel divina.
 Puso del árbol en la rama enjuta
 Verde follaje, perfumadas flores,
 Que, en pos de sus olores,
 Dieran al hombre deliciosa fruta;
 Y en la bordada alfombra
 Que vela del vergel el triste suelo,
 De flores mil bajo la dulce sombra
 Soltara al arroyuelo
 Que en ráudos giros, al sediento brinda
 La rica plata de su cinta linda.
 Mas, ¿qué es esa belleza?
 ¿Qué son estas imágenes galanas
 Cabe tu régia alteza,
 Cabe tus facultades soberanas?
 Sombra tan solo pálida, infelice,
 Que la riqueza de tu sér nos dice.
 Rosa de más valía,
 La miel ofreces del Divino Infante
 Que al alto Cielo con amor nos guía.
 Rama pura y brillante
 Que no se nutre de liviana tierra,
 Nos das el fruto que tu flor encierra;
 Y, arroyo cristalino,
 Conduces en tu seno
 La rica plata del Amor Divino,
 Raudal sublime de esperanzas lleno.
 ¡Oh! ¿Dónde hay una madre
 A quien el polvo de tu planta cuadre?
 ¿Dónde mayor portento
 Que una Virgen Purísima, Inocente,
 Que, como flor que brota en el vacío,
 Llena de todo un Dios el pensamiento,
 Y ni la tierra siente
 Dentro de un mundo terrenal y frío?
 ¿Qué pródiga cabeza
 Medir podría tu ideal grandeza?
 ¡Madre Virgen, y Virgen sin mancilla!
 Doble virginidad, que solo cabe
 En la mente de Dios, ¡oh, maravilla!
 Yo rindo ante esa Virgen la rodilla.

¿Quién, ¡ay! habrá que su primor no alabe?
 ¿Quién habrá que suspire,
 Y al centro de la paz y del consuelo
 Pidiendo luz no mire?
 ¿Quién habrá que delire,
 Si, al abismarse en el azul del Cielo
 En busca de la madre que le apena,
 Se atreve á desechar Madre tan buena?
 La pureza es amor, amor hermoso,
 Que, basado en Jesús, eterno dura.
 Bien haya su reposo,
 Bien haya su ventura,
 Pues que todo lo rinde y avasalla
 Si en rayos mil de caridad estalla.
 La pureza es saber. El puro lábio
 Jamás procura del error el cieno,
 Y ante el cruel agravio,
 Humilde como sábio,
 Busca el amparo de la Cruz, sereno.
 La pureza es poder. El Cielo mismo
 Rinde á su majestad noble tributo,
 Y, flor del Cristianismo,
 Aunque pida de gracias un abismo,
 Jamás acude al Creador sin fruto.
 ¿Y quién más pura y bella
 Que la Madre de Dios? ¿Quién más amante,
 Más sábia y poderosa,
 Que la Inmortal Doncella
 Que, amando, siempre de Jesús delante,
 Cabe la fuente del saber reposa?
 Los que por los vagíos
 De una ciencia faláz seguís bogando
 En pos de mil conquistas,
 Y, aleves cuanto frios,
 Cedeis el Evangelio venerando
 En trueque de verdades nunca vistas;
 Los que ahogais la razon, al envolverla
 En el manto de Dios, ¡pérfido ultraje!
 Y á la escondida perla
 De una fé generosa
 Negais, en vuestras iras, vasallaje,
 Porque Misterios anunciaros osa,
 Cuando siempre el misterio
 Os impondrá su general imperio,
 Buscad ante María
 Más útil y mejor sabiduría.
 Los que siempre llorais, los devalidos,
 Los olvidados por el mundo aleve,
 Que vive del placer de los sentidos,
 Placer indigno, desdichado y breve;
 Los que el error despoja
 De todo bien con impiedad suprema,
 Y al pie de sus alcázares arroja,
 Como lepra maldita que le quema,
 Gozad, gozad angélica ventura

Con el amor de nuestra Madre Pura.
Y tú, gallarda juventud, que adoro,
Patrio vergel de primorosas flores,
Que brindas á la Virgen el tesoro
De tus ricos aromas y colores,
Aunque el mundo sin Dios no te comprenda,
Sigue, sigue constante
La despejada senda
Del bien y la verdad, y el mundo mismo,
De tu virtud delante,
Condenará su estéril egoismo.
La enseña de Satán rueda en pedazos,
No olvides el amor que nos inspira,
Y unido á tí con poderosos lazos,
Hombre de fé, te brindaré los brazos,
Vate cristiano, te daré mi lira.

TIMOTEO DOMINGO PALACIO

A LOS NIÑOS

LA CAZA DEL JILGUERO Y DEL PARDILLO

Era Adolfo un niño aplicado y sumiso á los mandatos de sus mayores, por cuyas excelentes cualidades merecia, entre la familia, grandes atenciones. Su papá, sobre todo, para recompensar sus adelantos en la pintura y en la música, le facilitaba cuantos recreos pudieran entretener agradablemente los ratos de ocio, y á estos fines, le mandó construir una hermosa pajarera, en donde encerraba cuantas especies de avejillas canoras cazaba él mismo.

Cuando terminaba sus tareas ordinarias, aprovechaba el paseo de la tarde en disponer los utensilios necesarios para la caza del día siguiente.

Vedle, ahora, en el coronamiento de aquel cerro, mondar las varetas de tomillo que han de servir de cárcel á las pintadas aves.

Vedle, despues, cortar con afan prolijo, los cardos que, en apretado y bien dispuesto haz, han de esclavizar á las que, seducidas por el canto de los reclamos, pretendan posarse sobre ellos.

Vedle segar, con esmero, las ramas del hinojo, en cuyos canutillos ha de colocar las varetas ligadas.

Y por último, vedle talar, con su pequeña acha, los frondosos espinos, para disponer el ramo que, sobrepuesto en lo más árido de la cumbre, ha de estimular á los jilgueros y á los pardillos á retozar entre las hojas.

Todo está ya dispuesto de momento, y en tanto que el sol declina hasta la hora de tornar á la casa paterna, descendiende del cerro, y al lado de una cris-

talina fuente, en donde le espera su papá, merienda tranquilo y satisfecho.

—Toma, Adolfo, le dice su papá, despues de haberle alargado un buen trozo de salchichon; corta pan.

—No puedo, querido papá; ¡ay, qué dolor! Tengo heridas las yemas de los dedos.

—Eso te demostrará, hijo mio, que detrás del placer está siempre oculto algun dolor.

Y cortando por sí mismo el pan, continuó:

—Despues del trabajo moderado y prudente, es siempre bueno el alimento; tómale con sobriedad, y te conservarás largos años: mira bien, hijo mio, en dónde te sientas, y coloca con esmero los piés, para que no se destruya el calzado.

—Cuando volvamos á casa, he de cebar los reclamos y mudarlos el agua. ¡Qué hermosa pajarilla! ¡Qué pardillo tan encantador!...

—Ea, pues, la tarde se torna sombría; este clima es muy variable, y debemos regresar á la ciudad; bebe, si tienes sed, y marchemos.

El niño, obedeciendo instantáneamente, tomó sus ramas, cardos, juncos y varetas, y se los colocó sobre el hombro.

En el camino hablaba el padre á su hijo de las excelencias del mérito; de la virtud del trabajo; de las glorias que conquistaron los más notables artistas, y con tan amena como provechosa leccion, llegaron al hogar, donde los esperaba con ansia una mujer sensitiva, una madre cariñosa.

Lo primero que hizo el niño cuando dejó los aprestos de la caza y dió un expresivo beso á su mamá, fué visitar los reclamos que tenia enjaulados en los laterales de los balcones: llenó de cañamones triturados los comederos, y vaciando los bebederos, los colmó de agua trasparente y limpia.

Como la noche avanzaba, en vez de colocarlos en el balcon, colgó cuidadosamente las jaulas en un pasillo confortable y espacioso á la vez.

Despues se entretuvo en anudar las ramas del vegetal que en aquella misma tarde habia talado, y dando al ramo redonda y copuda forma, fué colocando, con sin igual paciencia, menudos canutillos del hinojo en cada una de las punzantes puas del espino.

Preparó su liga, y á la hora de costumbre, despues de haber cenado, se acostó lleno de satisfaccion.

Comenzaba á brillar el lucero matutino, como precursor de la venida de la aurora: todos los seres de la familia de Adolfo dormian el sueño de los ángeles, pacífica y sosegadamente, menos él, que, soñando con sus reclamos, abrió los ojos á media noche.

Al tañir la campana de la misa del Alba, juzgó

que era ya hora de avisar á su papá, y mientras se ceñía su traje de campo, llamaba cautelosamente al autor de sus dias, para no inquietar la paz reposada de su mamá y de su hermana menor.

Dispuestos para partir, cargaron con el ramo, la liga, las varetas y juncos, y cubriendo las jaulas de los reclamos con un paño, para que no pitaran ántes de tiempo, se encaminaron hácia el cazadero, que era un elevado cerro, contiguo á la ciudad, y que dominaba una frondosa selva.

Alumbraban los primeros fulgores de la luz natural, cuando despues de haber sujetado el ramo artificial con gruesas piedras, empezó el papá á enlugar las varetas del tomillo, colocándolas, discretamente, sobre los canutillos del hinojo, en tanto que Adolfo disponia su cardera, para colocarla con juncos, tambien ligados.

Terminada esta operacion, descubrió Adolfo las jaulas de sus reclamos, y sacando una por una de la caña en que las colocara, para conducir las con comodidad al cazadero, puso un pardillo á tres metros del ramo, un jilguero á otros tres de la cardera, é indistintamente, y á varias distancias, colocó un cirrí, un magnífico verderon y un turis.

Tan pronto como las avecillas columbraron la luz de un horizonte claro y templado, y los aparatos de la caza, saludaron la venida del Alba con trinos indescriptibles; con trinos que solo se explican y comprenden por las almas dotadas de especial sensibilidad.

A los primeros gorjeos de los reclamos, y cuando previsoriamente se habian retirado Adolfo y su papá, á una distancia proporcional, viéronse cercirarse sobre el aire variedad de pajarillos, obediendo al sentido llamamiento del pardillo, á la alegre y sonora voz del jilguero.

—Uno, dos, tres jilgueros hay en la cardera, papá, decia lleno de júbilo Adolfo, deseoso de ir á cogerlos.

—Espera; ¿no ves trabajar al pardillo? le replicaba su papá.

Y en tanto que esto se hablaba, á medio tono, para no distraer el bando, posáronse sobre el ramo, como movidos por un resorte, más de diez pardillos y dos codiciosos verderones.

Los cazadores se precipitaron sobre ellos, y cruzando las alas de las avecillas, para que no se fugaran, y reponiendo las varetas, despues de haberlas quitado con esmero las plumas que se adhirieron á la liga, tornaron al punto de observacion, tambien precipitadamente, porque á los cantos melífluos de los reclamos, venian seducidas otras pajarillas y otros pardillos y jilgueros.

Seis docenas de aves lindísimas encerraron en el breve espacio de dos horas, en las tres jaulas va-

cías que al efecto llevaron con las de los reclamos, sin que tan abundante y feliz caza pueda sorprender á los inteligentes, porque (por sabido no se ha hecho ántes mérito) aprovecharon la temporada del paso, esto es, escogitaron la en que, cubriéndose la vecina sierra de nieve, emigran á regiones templadas los jilgueros y los pardillos.

Queridos niños, ¿no envidiais la satisfaccion de Adolfo?

¿Codiciáis esos recreos?

Pues tened entendido que esas satisfacciones, que esos recreos, eran la recompensa justa que su papá le tributaba, como premio merecido á su aplicacion.

Sed, pues, aplicados y sumisos, y obtendreis siempre recompensa de vuestros queridos padres.

VICENTE D. BORDANOVA

VILLANCICOS PARA LA NOCHE-BUENA

I

CORO

¡Albricias, gozo, plácemes!...
prole de Adam, respira:
tu salvacion los ángeles
celebran ya en su lira.
¡Noche feliz que, mágica,
diurno dá esplendor!
de Dios el Unigénito
Hombre esta Noche se hace:
¡Hosanna al Rey pacífico!
¡Gloria al Niño, que nace
del seno de la Virgen,
del mundo Redentor!

1.^a

Suspiros prolongados
por El dieron los siglos,
gimiendo entre vestiglos
de crímenes y error.
Mas esta fausta Noche
de muerte los crespones
rollando, á las naciones
da vida el Salvador.

2.^a

Mirífica luz súbita
brota en Belén, se extiende,
crece, y el orbe enciende
con vivo resplandor:
y ven cielos y tierra
con inefable encanto,
en un pesebre santo
Dios Niño á su Creador.

3.^a

Cantad, cantad, mortales,
el fausto natalicio

del Hombre-Dios, del vicio
y muerte al destructor.
Del Niño Dios, que borra
del mundo los pecados:
¡Hombres... estais salvados!...
¡Bendito sea su amor!...

II

CORO

Pastorcitos de Efráta, venid,
¡de Belen, oh, zagalas! llegad:
ya nació el verdadero David,
¡respirad, bendecidle, cantad...!

¡Niño Divino,
Libertador
del mundo, gloria!
á tí loor...

No llores, júbilo
del mismo Dios;
porque si lloras,
lloraré yo.

¡Ah... mi Niño!
¡Ah... mi amor!
¡Ah... mi embeleso!
¡Ah... mi Señor!

Primera estrofa

Hasta el cáliz de una rosa
pura, bella de esplendor,
del cielo descende un lampo,
surge de él divino sol.
¡Niño, delicia del cielo!
¡Niño, gloria de Sion!
Hermosos más que luceros
son tus ojos hechiceros,
de lindísimo arrebol.
Cantad, cantad, placenteros.

2.^a

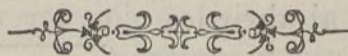
Cuando al mundo, Niño, bajas,
por bondad y puro amor,
no te duermas en las pajas,
que está el mundo muy traidor.
¡Todo en él es vanidad,
misericordia, llanto y error!
Tú, por juicios soberanos,
te has de ver entre gitanos,
gentecilla... ¡ay! ¡qué dolor!
Al Niño dad gloria, humanos.

3.^a

La madre Pura y Hermosa,
en virtudes la mayor,
más cándida que la rosa,
más pura y limpia que el sol,
á su infante así decia
con lábio conmovedor:
—«¡Ay! Hijo, bien de mi vida,

¿quién á tanto te obligó?»
y San José contestaba:
—«¡Amor, señora, alto amor!...»

JOSÉ A. GARCIA DE LA IGLESIA
(Escolapio.)



EL MÁS PELIGROSO ADULADOR

Cuéntase de un Soberano, que formó empeño en averiguar quién era su más peligroso adulador. Noble ó plebeyo, decia, saldrá ignominiosamente desterrado de mis dominios, y así verán todos cuánto aborrezco la vil adulacion.

«Más vale maña que fuerza.» El Príncipe sabia este refrán, y por lo tanto, valiéndose de mil astucias y rodeos, de mil seducciones y promesas de guardar secreto acerca de quién le habia dado los informes, anduvo inquiriendo el parecer de todos cuantos le rodeaban.

Los más diestros cortesanos eludían finamente la respuesta, exclamando:—¡No es fácil encontrar quién adule á V. A.!

Otros, mal intencionados y envidiosos, aprovechaban la ocasion de hacer daño á sus enemigos ó rivales, designando á este ó al otro, quién al favorito, quién al chambelan, quién al montero, etcétera, etc.

Mas como los pareceres disentan, y el bueno del Príncipe no queria ser injusto, ni obrar de ligero, no acababa de saber cuál era el más peligroso de sus aduladores, y esto le tenia inquieto y preocupado.

Por último, no sabemos cómo, halló cabida entre los cortesanos un filósofo, tan amigo de la verdad, que hasta en palacio la espetaba, cuando era menester, y se la hubiera espetado, como él decia frecuentemente, al mismísimo lucero del Alba.

Expuso el Príncipe sus dudas al filósofo, y éste, sin andarse por las ramas, se fué derecho al tronco, y dijo así:

—Puesto que V. A. quiere saber cómo se llama su más peligroso adulador, nada más fácil que nombrarle.

—Habla, exclamó el Príncipe, habla, y dime al punto quién es.

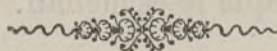
—Vos mismo, señor; repuso el otro con la mayor frescura.

En efecto, lectores; el filósofo, á no dudarlo, tenia razon; porque no hay nadie que nos adule tanto como nuestro amor propio; y como á ese no le podemos nunca desterrar, fuerza es que le tengamos á raya, para que no se desmande, y sea nuestro más peligroso adulador.

Pues, como ha dicho el célebre Mr. de La Rochefoucault: «Para despreciar la adulacion, hemos de comenzar por no adularnos á nosotros mismos.»

MANUELA DE SILVA

(Pensamiento de Nicolai.)



RECUERDOS DE LA NIÑEZ

Los primeros recuerdos de la infancia jamás se borran de la mente del ser humano.

Pasan los años con vertiginosa rapidez.

El niño que, al abrir los ojos por vez primera á la luz de la razón, se encuentra envuelto en la poética penumbra de los árboles y bosques del pueblo en que se mecía su cuna, no puede borrar de su alma, al llegar á ser hombre, aquellos felices días.

Por eso, al recordar nuestras primeras horas de marcha por el camino de la vida, todos lloramos.

Y lloramos con sentimiento.

Porque el alma siente mucho, cuando piensa en la felicidad.

Y feliz es la criatura, cuando aún no conoce la espinosa senda de dolores y de lágrimas que tiene que atravesar en la tierra, para llegar al punto de donde partió.

Hay en la aldea un encanto irresistible para el que anhela la paz del alma.

Allí el hombre, frente á frente de la Naturaleza, admira esas leyes imperecederas é inmutables, que todo lo rigen y todo lo gobiernan.

Allí no se conocen esos vicios que son la gangrena hedionda de las grandes poblaciones.

Hay más dulzura de costumbres, más sencillez de carácter.

¿Y esto de dónde proviene?

Existe en esos pueblos pequeños una figura venerable.

El cura párroco.

En los lugares de corto vecindario, es donde mejor resaltan las virtudes y prendas de los ministros del Crucificado.

El cura, pastor vigilante que atiende solícito al bienestar de sus ovejas, vela por la prosperidad y felicidad de su amada grey.

El lleva la paz á las familias.

El da pan al mendigo.

El enseña á los pequeñuelos ese libro sublime que se llama *Catecismo*.

¡Cuántas veces, sentado en su sillón de la iglesia del pueblo, rodeado de jóvenes y de niños, que oyen atentamente sus palabras de bondad y su enseñanza de Apostol, labra la dicha del mañana de muchos de los que le escuchan.

Porque esas palabras que se desprenden de sus labios como notas armoniosas, vibran en el espacio, y penetran hasta lo más recóndito del corazón. Allí se esconden, para no volver á salir.

Podrá, tal vez, el trascurso del tiempo hacerlas dormir en el olvido.

Quizá los contratiempos de la vida harán que



la memoria se oscurezca, que la conciencia se embote...

Pero llega un momento en que, con el alma desgarrada por los remordimientos, con el corazón henchido de amargura y con los ojos preñados de lágrimas, volvemos la vista hacia el pasado.

Y entonces nos acordamos de Dios.

Luego, de nuestra madre.

Después, de una iglesia bendita en donde, siendo niños, se nos explicaba la doctrina cristiana, por ministerio de un virtuoso sacerdote.

Y de idea en idea, recordamos sus palabras. Leemos claramente en el horizonte sus máximas de piedad.

Reproducimos en la mente sus consejos de hombre de experiencia.

Vemos, en fin, completamente dibujada en la conciencia la historia de nuestro ayer.

Y esto, quizá, nos salva del precipicio.

Acaso nos aparta del abismo.

Tal vez nos abre una nueva senda.

que ya falta menos, para llegar al término de sus dolores.

La enseñanza más pura y trascendental que se da á la niñez, es la de la doctrina cristiana.

Ella nos enseña á ser hombres y á ser dignos del nombre de racionales, que todos llevamos con orgullo.

Por esto, el cura de aldea es la palanca más poderosa que empuja al hombre cristiano por el plano inclinado de la eternidad.

Su misión no puede ser más grande ni más honrosa.

¡Dichoso el que la cumple fielmente!

No hay cuadro más grandioso ni tierno que ver una pléyade de niños, escuchando alrededor del sacerdote las palabras que los enseñan á amar á Dios, y á saberse conducir en el mundo.

Porque la doctrina del Nazareno es un libro sublime que lo mismo educa el alma para el bien, que el cuerpo para la salud de las naciones.

Su origen es Dios, y aquí está la clave del enigma.

Y si á esto se añade la circunstancia de haber sido aprendida, al mismo tiempo que los ojos contemplaban la grandeza del Creador en las humildes florecillas de los valles de la aldea, no puede menos de ser indeleble su recuerdo.

Dios habla al hombre, lo mismo en la inmensidad de los astros que gravitan por los espacios infinitos, que en la gota de agua cristalina que corre en caprichosos cambiantes por un arroyo ignorado.

Por eso los niños del campo aman la Naturaleza.

En ella adivinan la omnipotencia del Infinito. Esta es la causa de por qué los recuerdos de la infancia no se borran jamás de la mente del ser humano.

Son el mejor y más querido patrimonio que poseemos en el mundo.

Al permitir Dios que los recuerdos existiesen, quiso darnos una prueba más de su amor ilimitado hacia la mejor de sus obras: el hombre.

Y éste, sobre todo en sus primeros años, los graba mejor, para reproducirlos en sus horas de angustia.

Por eso yo bendigo los recuerdos de la niñez.

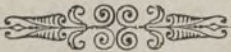
JOSÉ MARÍA MEDINA

EL CONSEJO

FÁBULA

Salió de paseo un niño,
acompañando á su padre,
y vieron junto á una fuente
un anciano venerable,
que, al parecer, dormitaba
agobiado por el hambre.
—Papá, dijo Ramoncito,
triste, mudando el semblante;
¿por qué duerme ese señor,
haciendo tan buena tarde?
—Toma, dále esta peseta,
y él te dirá por qué lo hace.
Obedeció pronto el niño
el mandato de su padre,
y, al llegar junto al anciano,
dijo:—Tomad... y al instante,
alzando aquel la cabeza,
contestó:—Mil gracias, ángel.
Dios premie tus buenas obras;
y pues vienes á salvarme
de la muerte más horrible
con limosna semejante,
es muy justo que te diga
que en el mundo sólo gastes
lo necesario y lo útil,
pues te expones á quedarte
al llegar á la vejez,
solo, enfermo y miserable.
Ramoncito oyó el consejo,
contándoselo á su padre,
que al saberlo, repitió:
—Hijo mio, el ahorro es base
de una fortuna, que el hombre
debe de jóven crearse,
y con ella en su vejez
no morir de frio y hambre.

FRANCISCO ARECHAVALA



LA ESCUELA

LEONCIO.—¡Ay mamá! ¡Si V. supiera qué cosas tan tristes nos ha contado hoy el señor Maestro! Dice que hace cuatro ó cinco días, en una provincia de España que se llama Murcia, muy de noche, y cuando todo el mundo estaba durmiendo, ha habido una tempestad tan grande, y ha caído tanta agua de repente, que los que vivían en una porción de pueblos y de campo que ha cogido la nube,

no han tenido tiempo de correr á ponerse en salvo; y que por eso, como el agua iba subiendo, subiendo sobre la tierra, los hombres y las mujeres y los niños, conforme despertaban y veían su casa llena de agua, desnudos como estaban, iban también subiendo, subiendo hasta los tejados de las casas; y allí, desnudos conforme estaban y mojados, lloraban y pedían á Dios que los socorriese.

Cuando ya fué de día que se podía ver, aquellos pobrecitos, desde donde estaban muertos de frio y de espanto, no presenciaban más que hombres y mujeres y niños, unos muertos rodando por entre las aguas, y otros á medio morir, que se agarraban á las ramas de los árboles ó á donde podían, y allí se quedaban, hasta que no podían más, y caían otra vez al agua para no volver á salir, ó hasta que alguien los podía socorrer.

También veían ahogados, y entre las aguas, á sus bueyes, á sus borricos, á sus cerdos, á todos sus animales; y además, las camas, los cofres y todo lo que ántes tenían para vestirse y para dormir; con lo que sólo les quedaba á aquellos infelices la mojada camisa que tenían puesta.

También nos ha dicho el señor Maestro, que en cuanto amaneció, el señor Gobernador, que es muy bueno, acompañado de los Guardias civiles y una porción de personas caritativas, unos montados á caballo, otros nadando, ó como podían, iban recogiendo á los que era posible, y los traían á la ciudad, donde los abrigaban y daban de comer.

LA MADRE.—Desgraciadamente, hijo mio, todo eso es cierto, y aún podría contarse una porción de detalles mucho más tristes que esos; pero sería enternecerte al referirlos, y la verdad, no alcanzo á comprender por qué el señor Maestro os ha contado esas cosas á los niños, como no haya sido para algun objeto, que espero me digas, pues le conozco bien, para saber que no os habrá referido tales horrores, tan sólo por el gusto de entristeceros.

LEONCIO.—¡Ya lo creo, mamá! ¡Como que el señor Maestro nos iba á hacer llorar á todos los niños, y á llorar él cuando nos lo contaba, si no hubiera sido para que todos ayudemos á tantos pobrecitos como hoy no tienen casas, ni ropa, ni qué comer, ni nada!

LA MADRE.—¡Vamos, eso es otra cosa! Pero, veamos, querido: porque yo no comprendo qué podéis hacer los niños, para remediar á tanto desgraciado.

LEONCIO.—Ahora lo verá V., mamá: dice el señor Maestro, que en las escuelas de toda España, van á ellas, entre las de niñas y las de niños, más de un millon de criaturas, y que si cada una de éstas diera un real nada más, se recogería un mi-

llon de reales, que creo que es mucho dinero.

Dice tambien, que si por quince dias todos los niños de las escuelas de España le damos al Maestro los cuartos que nuestros padres, ó nuestros tios, ó los amigos de nuestras casas nos dan para golosinas ó juguetes, en esos quince dias cada Maestro y Maestra puede entregar á los señores encargados de recoger estos socorros, tantos reales como niños ó niñas vayan á sus escuelas.

LA MADRE.—¡Tu Maestro es un buen señor, y ahora acabo de comprender cuánto de noble, de caritativa y de enseñanza moral tiene esa idea!

En primer lugar, los beneficios pecuniarios que reporta en beneficio de la desgracia: en segundo, el que los hombres, desde niños, se acostumbren á fijarse en las desgracias de su prójimo; y en tercero, que vayan haciendo hábitos de caridad, aún á costa de ligeros sacrificios.

Mañana, hijo mio, voy contigo á la escuela, y doy al señor Maestro veinte reales á tu nombre, por si entre tus compañeros hubiese diez y nueve pobrecitos que ni aún el real pudieran dar.

LEONCIO.—Yo creo, mamá, que hasta los más pobres le darán en quince dias, porque todos les contarán á sus madres lo que yo le he contado á V.; y como todas las madres son tan buenas..... todas irán dando á sus hijos, aunque no sea más que dos cuartos, cuatro ó cinco dias entre los quince..... Pero..... ¿sabe V. que ahora me acuerdo de una cosa?

LA MADRE.—Dímela, Leoncio, que no sabes el placer que me das, al verte tan caritativo.

LEONCIO.—Pues verá V. Ayer fueron mis dias, y papá me prometió que el domingo por la tarde me llevaria al teatro. Si papá quiere, en vez de llevarme al teatro, que me lleve al Retiro de paseo, para correr y saltar allí; y que lo que habíamos de gastar en ver la comedia, que lo junte con el duro de V., y mañana le dá V. dos duros al Maestro en lugar de uno.

LA MADRE.—¡Bendito seas, hijo mio, y bendita la caridad, que no es posible averiguar al ejercerla, quién es el que encuentra más placer si el que la practica, ó el que la recibe!

OTRO DISCÍPULO DE LA MISMA ESCUELA

EL PADRE.—Bien, Juanito: el señor Maestro ha hecho divinamente en referiros todas esas desgracias, para conmoveiros de esta manera y acostumbraros á que tomeis parte en las desdichas de todos los hombres, buscando el medio de socorrerlas ó atenuarlas. ¿Qué sería de la humanidad, si la caridad no existiera, para remediar las monstruosas desigualdades de la fortuna?

JUANITO.—¿Con que á pesar de que no gana V., padre mio, más que dos pesetas de jornal, me va V. á dar algo para llevárselo al señor Maestro, y que lo dé á los pobrecitos de Murcia?

EL PADRE.—Sí, hijo mio. Toma esta peseta: dásela mañana al señor Maestro: es la que tenía destinada esta semana para echarme alguna copeja de vino, cuando salgo del trabajo; pero sin este vicio puedo pasar, y los pobrecitos inundados no pueden pasar sin comer y sin abrigo. Poco es, pero mi peseta y el real del otro y el duro del de mas allá, verás cómo consiguen que los infelices que han quedado vivos, no se mueran de hambre ni de frio.

¡Pues no faltára más! ¿Hemos de ser los hombres como los perros, que el que es más fuerte, aunque no lo necesite, ha de quitar el hueso al perro desvalido y flaco, que no tiene fuerza para disputárselo?

LA MADRE.—Y Dios nos protegerá á todos por nuestros buenos sentimientos, Domingo, dándote á tí salud para que lo ganes, á nuestro hijo voluntad para aprender, y á mí vida suficiente para cuidaros, y pedirle que siempre tengais el mismo corazon que ahora.

OTRO NIÑO, TAMBIEN DE LA PROPIA ESCUELA

LA ABUELA.—Vamos, Enriquillo, ven á cenar; que estás ahí sentado como un viejo, y sin jugar ni decirme nada: y eso que sabes cuánto me alegra, hasta la guerra que me das cuando vengo del rio.

—Mire V., abuelita: desde ayer que nos contó el señor Maestro todas esas cosas de Murcia que la he contado á V., tengo, así, en el pescuezo... no, adentro... en la garganta... como un nudo... y tambien me dan ganas de llorar... porque, aquellos pobrecitos niños que se han ahogado... y los otros que no han muerto, pero están desnuditos y sin tener qué comer...

—Sí, sí. Te entiendo: á mí me sucede tambien algo de eso; pero mira, hijo mio, eso nos enseña á los pobres á tener paciencia y resignacion con nuestra pobreza.

Ya ves tú con cuánto trabajo gano en una banca del rio lo que comemos; pero cuando vuelvo á nuestra guardillita, y te veo estudiando la leccion á la luz del candil, y considero que si yo, pobre y vieja, me hubiera muerto ántes que mi hija, u pobre madre, estarias por ahí abandonado, y quizá la miseria y el abandono te hubieran llevado á presidio cuando hombre... Cuando ademas veo que tú y yo no pasamos hambre, estamos vestidos y

tenemos nuestra pobre cama, no puedo ménos de pensar en otros muchos más pobres que nosotros, porque nada de esto poseen; y al acordarme de estos infelices, casi, casi bendigo nuestra pobreza.

Mira: y para que veas que Dios no nos desampara, tráete aquí ese lío que hay sobre la cama, y verás la ropa vieja que hoy mismo me ha dado la señora del cuarto principal... ¿Eh? ¿Qué te parece?... Dos trajecitos te voy arreglar, que vas á estar hecho un pimpollo: y para mí, dos mantones... enaguas... camisas... Dios dé salud á esta señora tan buena.

ENRIQUE, (abrazando á su abuela y colmándola de besos).—¡Ay, abuelita! ¡Ya casi se me ha quitado la pena que tenía, porque como V. me quiere tanto, no va V. á decirme que no!

LA ABUELA.—¿Qué es eso, loquillo? ¿Tanto te alegra el que te vas á poner majo?

ENRIQUE.—No, señora, no es eso. Mire V.: acaba usted de decir que nosotros tenemos lo que necesitamos, y que otros son mucho más pobres. Pues bien; la mitad de esta ropa, que nos sobra por ahora, mañana se la llevo al señor Maestro para que la mande á Murcia, y que se vistan con ella aquellos pobrecitos niños y mujeres que están desnudos.

Ayer decia el señor Maestro que necesitan ropa casi más que dinero; y ya ve V. cómo Dios ha querido, que aunque somos tan pobres que ni siquiera podemos dar ocho cuartos en quince días, podamos socorrerlos con otra cosa que vale más de ocho cuartos.

LA ABUELA.—¡Hijo mio de mi alma! ¡Bendito seas tú por tus buenos sentimientos! ¡Bendita sea la caridad, que siempre halla recursos hasta de las personas más pobres!

ENRIQUE.—Y bendita sea mi abuelita, y bendita sea la escuela y el Maestro, que enseña y dirige la caridad.

CAYETANO COLLADO

Madrid 21 de Octubre de 1879.

LOS PENSAMIENTOS Y LA ENREDADERA

Á MI BUEN AMIGO D. RICARDO MONNER SANS

REDACTOR DE

EL ECONOMISTA INDUSTRIAL

Una encantadora niña
sembró en un día, en dos tiestos,
en el uno enredaderas,
y en el otro pensamientos,
deseando florecieran.

La enredadera creció
de prodigiosa manera;
en cambio, los pensamientos
iban en marcha muy lenta.
—¡Qué envidia causarás tú,
decía á la enredadera,
progresando de ese modo
entrelazada á mi reja!
Mas vosotros vejetais,
decía á la planta bella
de pensamientos, ¡ay pobres!
tardais mucho en tomar fuerza....
Mas su padre, que la oyó,
la dijo de esta manera:
—La enredadera, hija mia,
que así hoy adorna tu reja,
tiene un mérito ficticio,
aunque no te lo parezca:
en cambio, los pensamientos
adornan tus bellas trenzas
de hermoso cabello de oro;
los pensamientos te prestan
más encantos y atractivos;
no te admire la presteza
de la otra al desarrollarse.
Como en el mundo se muestra
el hombre que nada vale,
es la pobre enredadera:
como el que estudia y se aplica
y poco á poco progresa,
son los pensamientos, hija,
que tú parece desprecias.
Comprendió la niña entonces
de su padre la conseja,
y admiró los pensamientos
y olvidó la enredadera.
En el mundo hay, hijos míos,
muchos que altivos se muestran,
y son plantas que no sirven
ni para adornar siquiera.
En cambio, hay también algunos
con excesiva modestia,
y son en la sociedad
la sávia que regenera.

MANUEL LOPEZ CALVO

UNA CONCEPCION DE MURILLO

I

A las orillas del Ebro, y á muy corta distancia de una de las poblaciones más importantes de la provincia de Logroño, se descubre todavía en el fondo de un amenísimo valle, una humilde casita cercada de un huertecillo, que habitaba hace treinta años una pobre y desgraciada viuda, enferma y sexagenaria, en compañía de su querida y bendita hija, que apenas contaba diez y seis años.

Estas dos pobres mujeres, aunque vivían de su trabajo con bastante estrechez, pues carecían algunas veces del preciso sustento, eran, sin embargo, felices, porque tenían una conciencia tranquila, un alma pura y limpia y un corazón bondadoso.

Mariana, que así se llamaba la madre, atendía con esmerado celo, y según se lo permitían sus cansadas fuerzas, á las necesidades de la casa: hilaba á ratos perdidos, cuando el mal temporal ó sus achaques la impedían salir al campo á apacentar una cabra, fiel compañera de sus soledades, mientras Isabel, su tierna hija, iba durante el día á los pueblos inmediatos para ganar un escaso jornal, con el que proporcionaba á su cristiana madre el más preciso, aunque reducido alimento.

Así pasaban los días estos dos bondadosos seres, amándose mutuamente y esperando con viva fé en otra vida mejor.

El ajuar de esta pobre familia consistía en unos cuantos trastos viejos y deteriorados, una tarima de seis tablas, tres groseras banquetas, una mesita de roble apolillada y un cofre antiquísimo y sin llave.

Había en un rincón un poco de paja, donde se acostaba la cabra, y aunque el lecho de sus dueñas no era mucho mejor, debían encontrarlo excelente, pues disfrutaban en él del más puro y regalado sueño. Sobre la cabecera de este lecho, Mariana había colocado una imagen de la Purísima Concepción, que conservaba cariñosamente como un recuerdo piadoso de sus antepasados.

Madre é hija—pero con especialidad aquella—profesaban á esta Virgen una gran devoción, pues considerándola como su protectora, creían ciegamente deber á su celestial influencia las breves dichas que habían alcanzado en la tierra. Esta santa imagen era el único tesoro que poseían aquellas tiernísimas almas; á ella acudían con sus continuos y constantes ruegos; ella era la depositaria de sus amarguras, el consuelo en sus aflicciones, el alivio en sus agonías, el bálsamo precioso que calmaba sus dolores y curaba sus penas. Forzoso es confesar que no era una de esas pintorrojeadas estampas que se venden en las ferias y en las librerías ambulantes, sino una verdadera obra artística al óleo.

Pero muy pronto iba á ser turbada la dulce tranquilidad de esta santa familia. Dios, en sus inescrutables designios, envía algunas veces calamitosos días y penosas pruebas, aún á las almas puras que siguen fielmente su divina ley. ¡Dichoso el que sufre en la tierra!... ¡el día de la recompensa infinita tendrá mayor participación!

En el año fatal á que nos referimos, aquella hermosa comarca, lo mismo que el resto de España, había sufrido los espantosos horrores del cólera; sus atribulados moradores huían desalentados y aturridos á refugiarse al abrigo de las escarpadas montañas ó de la sierra más próxima, donde, merced á los aires puros que respiraban y á la mayor tranquilidad de su espíritu, la temible enfermedad respetaba sus vidas y los dejaba gozar algunas horas de dichosa calma en las verdes colinas de aquel hermoso y tranquilo recinto.

Y para que nada faltase al cuadro aterrador que ofrecía la rica y deliciosa comarca de la Rioja, algunos audaces enemigos de la excelsa Princesa que entonces ocupaba el trono de San Fernando, habían levantado el estandarte de la rebelión, y desde las altivas rocas y ásperos lugares de Can-

tábria, proclamaban, fanáticos, por rey de España á un hermano del último monarca. La cólera del cielo en aquella triste fecha, parecía que descargaba sus iras sobre nuestra desventurada patria. Los campos fueron abandonados, y los pocos frutos que aún quedaban se devastaron en breve al soplo de los huracanes y de las tormentas, esterilizándose la tierra por intempestivos hielos. La miseria fué general; se dejó sentir también en aquellas familias que habían gozado hasta entonces de un pasar cómodo y arreglado; la gente rica interrumpía sus trabajos, temerosa de que llegarán á agotarse sus caudales; ¡tan grande era ya la carestía!

Mariana y su inocente hija se vieron reducidas al último extremo.

Vendieron su cabra, que les era tan útil, y á la que tanto y tan tiernamente amaban. Recibieron, es verdad, algunas limosnas por mano del cura de la parroquia; pero ¡cuán débiles eran estos socorros! ¡era tan pequeño el número de los bienhechores, y tan grande el de los necesitados!!! Sin duda estas cristianas mujeres debieron la vida en tan difíciles circunstancias á la protección de su bendita Virgen, cuya imagen venerable honraban incesantemente.

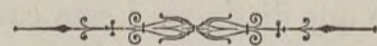
—¡Virgen santa! ¡Patrona de mi madre! decía Isabel con angelical acento de ternura y de inocente súplica; ¡no la dejes morir tan miserablemente! ¡atended á su ancianidad!

—¡Virgen santa, consuelo de los afligidos! decía Mariana con los ojos preñados en lágrimas; ¡no abandoneis á mi hija! ¡velad por ella! ¡es aún tan jóven para perder la vida!...

Y en estas benditas oraciones, tiernas y fervorosas plegarias que dirigían diariamente á la amorosa Virgen, hallaban aquellas candidas almas el único consuelo á sus desgracias, el dulce alivio que mitigaba sus penas.

DOMINGO FERNANDEZ ARREA

(Se continuará)



TAMBIEN LOS NIÑOS ENSEÑAN

¿Por qué la cerilla enciendes
de ese modo tan extraño?

¿No ves que se quema el paño,
y hasta los dedos te prendes?

¿Tienes algún medio tal
de hacer esa operación,
sin rozar el pantalón
y sin exponerte al mal?

¿Tan poco afecto merece
la industria con sus inventos,
que vende cajas á cientos,
y casi de balde ofrece?

¿No te causa admiración
ver al hombre con exceso,
ir, de progreso en progreso,
mejorando la invención?

Y, á pesar de estas ventajas
que aumentan todos los dias,
enciendes como encendias,
en vez de hacerlo en las cajas.

Mira que es bastante raro
tan feo procedimiento;
olvidalo en el momento
que puede serte muy caro.

Este consejo infantil,
lleno de amor y cariño,
á su padre daba un niño
de edad tierna y gracias mil.

Y la voz angelical
de aquel niño tan hermoso,
para el padre bondadoso,
de un cambio fué la señal.

Cambio que al fin resolvió
el niño con alegría,
y el padre, como encendia,
á encender jamás volvió.

Los hombres no se desdeñan
de aprender estas lecciones,
porque en muchas ocasiones
tambien los niños enseñan.

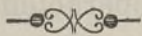
EUGENIO DE BARTOLOMÉ



Hemos recibido el Calendario americano para 1880, que publica hace años en esta corte D. Carlos Bailly-Bailliere. En nada desmerece de los anteriormente dados á luz, por lo cual recomendamos su adquisicion á nuestros lectores, así como la de alguno de los siguientes, confeccionados con el lujo que distingue á esta casa:

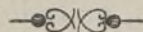
Calendario americano para 1880, 2 reales.—
Calendario americano religioso para 1880, 2 reales.—
Calendario americano gigantesco para 1880, 8 reales.—
Calendario americano con el de cuadro para 1880, 10 reales.

Se hallan de venta: Librería extranjera y nacional de D. Carlos BAILLY-BAILLIERE, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías de la Península.



El núm. 5.º de *La Ilustracion Cristiana*, últimamente publicado, contiene un magnífico grabado que se titula *Un monje en meditacion*, copia del cuadro de Mr. R. Sehman, y una bellísima plegaria á la Virgen, letra de nuestra distinguida colaboradora, doña Faustina Saez de Melgar y música de doña Victoria Diez. Dicha Revista viene exornada con tanto lujo y riqueza como en los números anteriores, y contribuyen notablemente á esto las conocidas firmas de Perez Echevarria, Cami-

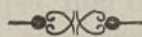
nero, Carmen Blanco, Pareja de Alarcon, Sanmartin y Aguirre, Pintado y el Conde de San Fidel.



Hemos tenido ocasion de leer detenidamente la última obra de nuestro ilustrado colaborador, D. Alberto Diaz de la Quintana, titulada *En Murcia!* bocetos dramáticos en un acto y cinco cuadros, en verso, dedicados á la prensa francesa.

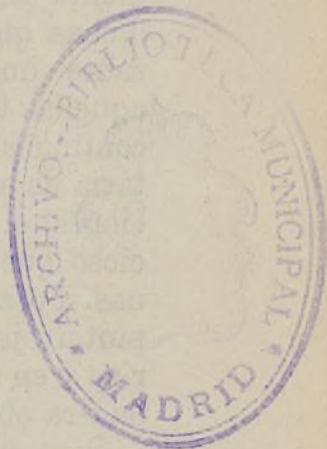
Cuando tantos corazones latian con vehemencia y entusiasmo, al contemplar el conmovedor espectáculo que ha ofrecido y ofrece el pueblo francés, sacrificándose gustoso por allegar recursos á las desgraciadas víctimas de la inundacion de Levante, el Sr. Diaz de la Quintana, que sabe sentir como poeta y agradecer como español, no podia permanecer inactivo, sin dar las gracias por su desprendimiento y generosidad á nuestros hermanos de allende los Pirineos. A este fin, ha escrito su preciosa composicion dramática *En Murcia!* donde, á la par que la inspiracion y fecundidad del vate, resaltan la nobleza de alma y magnanimidad de corazon de que se halla poseido.

Reciba el Sr. Diaz de la Quintana nuestros más fervientes plácemes, por el triunfo alcanzado con su bellísima produccion.



Solucion al Cuadro mágico, inserto en el número anterior:

4	3	8
9	5	1
2	7	6



Este problema, invencion del célebre Mascópulo, admite otras varias soluciones, ocupando forzosamente en todas ellas el número 5 la casilla del centro.

Nos han sido remitidas las siguientes por nuestras amables suscriptoras, las niñas Jesusa y Encarnacion de Granda:

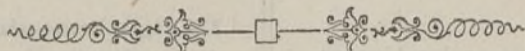
8	1	6
3	5	7
4	9	2

8	3	4
1	5	9
6	7	2

R. Velasco, impresor, Rubio, 20.

ÍNDICE

DEL SEGUNDO TOMO DE ESTA REVISTA



Número XVII.—1.º de Julio de 1879

La décimasexta quincena, por D. José Novi y Pereda.
Los meses del año, Julio, por D. Diego Perez Hernandez.
¡Una lágrima! poesía, por doña María Martí de Dominguez.
Recuerdos del siglo XV.—El Santo Niño de La Guardia, por D. Timoteo Domingo Palacio.
La flor más preciosa, poesía, por D. Manuel Lopez Calvo.
Las erupciones volcánicas, por D. Mariano Sanchez Bruil.
Magdalena, cuento, por D. José María Medina.
A la memoria de la malograda reina doña Maria de las Mercedes, soneto, por D. Timoteo Domingo Palacio.
El retrato de un niño, por D. Mariano de Larra y Ossorio.
A una rosa, poesía, por D. Joaquín Olmedilla y Puig.
Cuentos morales.—Frutos de la soberbia, por D. Pedro Ruiz Avila.
Consejos, poesía, por D. Eribaldo P. de Azpillaga.
Física, por el R. P. José Antonio García de la Iglesia, escolapio.
La Caridad, poesía, por D. Félix de Leon y Olalla.
La Oracion, poesía, por D. Jaime Cigliano.
 Suetos, solución á los problemas del número anterior y anuncios.
Magdalena, grabado.
Regalo.—«Pasa-calle, polka-estudiantina,» por Breton, con una preciosa cubierta á cuatro tintas, dibujada por el artista Sr. Urrutia.—«¡Siempre vivas!» A la buena memoria de S. M. la Reina de España D.ª Maria de las Mercedes Orleans y de Borbon, por D. Félix de Leon y Olalla.

Número XVIII.—15 de Julio de 1879

La décimaséptima quincena, por D. José Novi y Pereda.
La limosna, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
La oveja coja, cuento, por D. Cayetano Cellado.
Los jardineros, apólogo, por D. Alfonso E. Ollero.
Viaje por el mundo de los espíritus, por D. Abdon de Paz.
Covadonga, por D. José María Medina.
A la Virgen María, poesía, por D. Félix de Leon y Olalla.
¡Que viene el coco....! cuento, por D. Francisco Muñoz y Rodriguez.
El heroísmo en la infancia, poesía, por D. Timoteo Domingo Palacio.
La mano de la Providencia (continuacion), por D. Enrique Benavent.
Hidrografía, por el R. P. José Antonio García de la Iglesia, escolapio.
 Suetos, problema, charada y anuncios.
La tumba de Don Pelayo, grabado.
Regalo.—Pliegos 3.º y 4.º del «Método de francés,» por D. Enrique Benavent.

Número XIX.—1.º de Agosto de 1879

La décimaoctava quincena, por D. José Novi y Pereda.
Los meses del año, Agosto, por D. Diego Perez Hernandez.
A mis buenos amigos Don José Novi y Pereda y Doña Teresa Castellote, en el cumpleaños de su malograda hija Conchita, poesía, por D. Félix de Leon y Olalla.
La Alameda, cuento, por D. Cayetano Collado.
La venganza de una madre, historia del siglo XV, por D. José María Medina.
El caballo de bronce, fábula, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
El rocío, por D. Mariano Sanchez Bruil.
Consejos á un hijo, poesía, por D. Fernando Corradi.
Enciclopedia infantil.
A la memoria de mis amados hijos, poesía, por D. Timoteo Domingo Palacio.
Al acostarse, oracion para los niños, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
 Suetos, soluciones á la charada y problema del número anterior y anuncios.
Casa de Doña María Monroy (la Brava), fotografía.
Regalo.—Pliegos 2.º de la «Aritmética para niños,» por D. Mariano Sanchez Bruil, y 5.º y 6.º del «Método de francés,» por D. Enrique Benavent.

Número XX.—15 de Agosto de 1879

La décimanona quincena, por D. José Novi y Pereda.
Cuentos morales.—Frutos de la soberbia (continuacion), por D. Pedro Ruiz Avila.
Amor al prójimo, oracion para los niños, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
Colon, II, por D. Francisco Muñoz y Rodriguez.
La poda, fábula, por D. V. Regulez.
Una poesía de D. Eusebio Blasco.
Arquitectura española.—(La catedral de Sigüenza), por D. José María Medina.
Viaje por el mundo de los espíritus (conclusion), por D. Abdon de Paz.
El cochero, fábula, por D. Manuel Lopez Calvo.
La mano de la Providencia (continuacion), por D. Enrique Benavent.
A la niña María Frontera, poesía, por D. Teodoro Guerrero.
La electricidad atmosférica, por D. Mariano Sanchez Bruil.
Enciclopedia infantil.
 Suetos, charada y anuncios.
La catedral de Sigüenza, grabado.
Regalo.—Pliegos 2.º de «Los Niños de la Biblia,» por D. José María Medina y 3.º de la «Aritmética para niños,» por D. Mariano Sanchez Bruil.

Número XXI.—1.º de Setiembre de 1879

La vigésima quincena, por D. José Novi y Pereda.
Los meses del año, Setiembre, por D. Diego Perez Hernandez.
El camino de la vida, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
Cartas á un niño, por D. Pedro Ventura Martinez.
El leñador y el árbol caído, fábula, por D. Félix de Leon y Olalla.
Al niño E. A., poesía, por D. E. Ferrari.
Los siervos del Gran Theutat, por D. José María Medina.
La Pintada, cuento, por D. Cayetano Collado.
Cuentos morales.—Frutos de la soberbia (conclusion), por D. Pedro Ruiz Avila.
Plegaria, poesía, por D. Antonino Elías Romero.
Los beneficios mútuos, por D. M. Gonzalez Alvarez.
 Solucion á la charada del número anterior y anuncios.
Entrada de los galos en Roma, grabado.
Regalo.—Lámina 6.ª del «Método de dibujo,» por D. Mariano Urrutia y pliego 3.º de «Los Niños de la Biblia,» por D. José María Medina.

Número XXII.—15 de Setiembre de 1879

La vigésimaprimer quincena, por D. José Novi y Pereda.
Amour filial, por Henri Bénavent.
El niño y el eco, poesía, por D. Alfonso E. Ollero.
Rafael, cuento, por D. Victor Navarro.
Oracion para los niños al levantarse, por D. Faustino Jouve.
La tempestad, por D. Mariano Sanchez Bruil.
Nuestra Señora de Lourdes, por D. José María Medina.
El caballo negro, tradicion polaca, por D. Diego Perez Hernandez.
Al Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, poesía, por D. Félix de Leon y Olalla.
¡Angelitos!—Apuntes para un libro, I, por D. Alberto Diaz de la Quintana.
Las dos niñas pajareras, apólogo, por D. Timoteo Domingo Palacio.
 Suetos, problema, charada, jeroglífico y anuncios.
Nuestra Señora de Lourdes, grabado.
Regalo.—Pliegos 7.º y 8.º del «Método de francés,» por D. Enrique Benavent y 2.º de «El niño cristiano,» devocionario en verso, por el presbítero D. Pedro Angel Lumbreras.

Número XXIII.—1.º de Octubre de 1879

La vigésimasegunda quincena, por D. José Novi y Pereda.
Los meses del año, Octubre, por D. Diego Perez Hernandez.

LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS

El baile de niños, poesía, por D. Eusebio Blasco.
El premio del bien obrar, cuento, por D.^a Joaquina Balmaseda.
A Eguilaz, poesía, por D. José María Medina.
Colon, III, por D. Francisco Muñoz y Rodríguez,
Cantares, por D. Faustino Jouve.
Las flores, por D. Antonio de San Martín.
El gato y su imagen, fábula, por D. Manuel González Álvarez.
¡Angelitos!—Apuntes para un libro, II, por D. Alberto Díaz de la Quintana.
Enciclopedia infantil.
 Suelos, solución a la charada del número anterior, charada, solución al jeroglífico y anuncios.
Eguilaz, grabado.
Regalo.—Pliegos 4.^o de la «Aritmética para niños», por D. Mariano Sánchez Bruil y 3.^o de «El niño cristiano», por D. Pedro Ángel Lumbreras.

Número XXIV.—15 de Octubre de 1879

La vigésimatercia quincena, por D. José Novi y Pereda.
A una niña, poesía, por Doña Faustina Saez de Melgar.
El premio del bien obrar, cuento (conclusion), por Doña Joaquina Balmaseda.
A Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, poesía, por don Timoteo Domingo Palacio.
Joaquina, ó el niño bien educado, por D. Manuel González Álvarez.
Amar á Dios sobre todas las cosas, poesía, por D. Víctor Navarro.
El patriotismo, historia de un niño árabe, por D. Cayetano Collado.
¡Los niños! poesía, por D. José María Medina.
La ambición infantil, por D. Antonio Fabian.
Los crepúsculos, poesía, por D. Félix de Leon y Olalla.
Diálogo físico.—En la calle de la Abada, por D. Mariano Sánchez Bruil.
Máximas, poesía, por el R. P. José Antonio García de la Iglesia, escolapio.
¡Angelitos!—Apuntes para un libro, III, por D. Alberto Díaz de la Quintana.
La mano de la Providencia (continuación), por D. Enrique Benavent.
Enciclopedia infantil.
 Suelos, solución a la charada del número anterior, charada y anuncios.
¡Los niños! grabado.
Regalo.—Pliegos 5.^o y 6.^o de la «Aritmética para niños», por don Mariano Sánchez Bruil.

Número XXV.—1.^o de Noviembre de 1879

La vigésimacuarta quincena, por D. José Novi y Pereda.
¡A los que fueron! poesía, por D. Félix de Leon y Olalla.
Los meses del año, Noviembre, por D. Diego Pérez Hernández.
Ante un puñado de tierra, poesía, por D. Faustino Jouve.
A mi pequeño hermano Ricardo, poesía, por D. Alberto Díaz de la Quintana.
A Miguel de Cervantes, poesía, por Doña Joaquina Balmaseda.
¡Conchita! poesía, por D. Félix de Leon.
El llanto, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
Fröbel, por D. José María Medina.
En el cementerio, por D. M. G. A.
La niña de Jairo, poesía, por D. Timoteo Domingo Palacio.
Visita al Campo-santo, poesía, por D. Víctor Navarro.
A una madre en la muerte de su hijo, poesía, por D. Manuel González Álvarez.
La gratitud, poesía, por D. Antonio Guerra y Alarcon.
Con motivo de las inundaciones de las provincias españolas de Levante, soneto, por D. Jesús Cortés.
Enciclopedia infantil.
 Suelos, solución a la charada del número anterior, charada y seis epitafios en verso, originales de los Sres. D. T. D. P., D. Timoteo D. Palacio, D. José María Medina, D. Diego Pérez Hernández, D. Antonio de San Martín y D. Ventura Ruiz Aguilera.
Fröbel, grabado.
Regalo.—«Conchita», melodía para canto y piano por V. Mañas y

Félix de Leon, con una magnífica cubierta en negro y oro, dibujo del Sr. Urrutia.

Número XXVI.—15 de Noviembre de 1879

La vigésimaquinta quincena, por D. José Novi y Pereda.
A Pepito Novi y Castellote, epitafio, por D. Félix de Leon y Olalla.
Los eslabones de oro, cuento fantástico, por D. Manuel Jorretto Paniagua.
En el valle, balada, por Doña Faustina Saez de Melgar.
Una efeméride, por D. Manuel Laso Hurtado.
La tarde, poesía, por el R. P. José Antonio García de la Iglesia, escolapio.
Hércules, por D. Mariano Sánchez Bruil.
El primer par, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.
La Virgen del Unterwald, leyenda fantástica, por D. Aureliano Colmenares.
Colon, IV, por D. Francisco Muñoz y Rodríguez.
Bibliografía, por D. José María Medina.
 Suelos, soluciones a la charada del número anterior, charada, recuerdo a la niña Conchita Novi y Castellote y anuncios.
Hércules Tebano, grabado.
Regalo.—Pliego 4.^o de «Los Niños de la Biblia», por D. José María Medina.

Número XXVII.—1.^o de Diciembre de 1879

La vigésimasexta quincena, por D. José Novi y Pereda.
Los meses del año, Diciembre, por D. Diego Pérez Hernández.
La rosa y la siempre-viva, fábula, por Doña María Martí de Dominguez.
El trabajo, por D. Antonio Guerra y Alarcon.
A Conchita Novi y Castellote, poesía, por D. Manuel Laso Hurtado.
No jurar su santo nombre en vano, poesía, por D. Víctor Navarro.
En el cumpleaños de mi hijo Félix, poesía, por D. José Bustillo.
Don Quijote, poesía, por D. José María Medina.
El traje del mendigo, fábula, por D. M. González Álvarez.
Colon, V, por D. Francisco Muñoz y Rodríguez.
¡Caridad! poesía, por D. Timoteo Domingo Palacio.
¡Angelitos!—Apuntes para un libro, IV (continuación), por D. Alberto Díaz de la Quintana.
Limosna al pobre, poesía, por D. Alfonso E. Ollero.
 Suelos, solución a la charada del número anterior, cuadro mágico y anuncios.
Leyendo el Quijote, grabado.
Regalo.—Pliegos 9.^o y 10.^o del «Método de francés», por D. Enrique Benavent, y 7.^o de la «Aritmética para niños», por D. Mariano Sánchez Bruil.

Número XXVIII.—15 de Diciembre de 1879

La vigésimasétima quincena, por D. José Novi y Pereda.
A la Santísima Virgen María, oda, por D. Timoteo Domingo Palacio.
A los niños. — La caza del jilguero y del pardillo, por don Vicente D. Bordanova.
Villancicos para la Noche-Buena, por el R. P. José A. García de la Iglesia, escolapio.
El más peligroso adulador, por D.^a Manuela de Silva.
Recuerdos de la niñez, por D. José María Medina.
El consejo, fábula, por D. Francisco Arechavala.
La escuela, por D. Cayetano Collado.
Los pensamientos y la enredadera, poesía, por D. Manuel López Calvo.
Una Concepción de Murillo, I, por D. Domingo Fernández Arrea.
También los niños enseñan, poesía, por D. Eugenio de Bartolomé.
 Suelos, soluciones al cuadro mágico é índice.
Recuerdos de la niñez, grabado.
Regalo.—Pliegos 8.^o y 9.^o de la «Aritmética para niños», por don Mariano Sánchez Bruil.